

MENSAJE CIFRADO

MARTA ZAFRILLA

Premio Gran Angular 2007



*A Rubén Castillo,
por descifrar mis días.*

- ¿Qué anudas tú ahí, amigo mío?
-El nudo -respondió brevemente el marinero, sin
alzar siquiera la vista.
-Ya lo veo, pero ¿con qué destino?
-Para que otro lo deshaga -murmuró el viejo.

HERMAN MELVILLE, *Benito Cereno*

CAPÍTULO 1

Me parece innecesario describir a mi abuelo, porque todo lo que sobre él pudiera decir es, más o menos, lo que cualquier nieto podría decir del padre de su padre. O, como en este caso, del padre de mi madre. Era mi abuelo, y con eso tendría que bastar. Las descripciones están muy bien –no lo negaré– cuando no se ha conocido a la persona que las protagoniza; pero, en caso contrario, sobran.

No obstante, estas páginas serán leídas por muchas personas que no tuvieron la suerte de conocer a Santiago Torres Díaz –que así se llamaba mi abuelo hasta la semana pasada–, así que me esforzaré para que todos lo veáis como una persona real. Con sus rarezas de anciano, con sus arrugas incontables, con sus recuerdos confusos o barajados por la edad y, sobre todo, con su viejísimo tablero de la oca, erosionado en los bordes, con la pintura cuarteada y pidiendo a gritos ir al contenedor de basura. Solo así comprenderéis qué es lo que contienen los dos viejos petates llenos de mugre que escondo debajo de mi cama, y qué infinito desasosiego me corroe el estómago cuando pienso en que debo contar esta historia. No sé si mis padres la entenderán, ni cómo cambiará, cuando la conozcan, la imagen que de mí y del abuelo tienen formada. Tampoco sé si la en-

tenderéis vosotros. Os aseguro que voy a ponerlo todo de mi parte para que así sea, por enigmática que pueda llegar a ser.

Bien, veamos.

Ya os he dicho que mi abuelo se llamaba Santiago Torres Díaz, así que puedo pasar a otra cosa, para no atascarme en menudencias ni repetirme demasiado. Hablaré de su aspecto físico, por ejemplo. Nunca se me ocurrió preguntarle cuánto medía –nadie le pregunta una idiotez así a su abuelo, ni a sus padres, ni a su mejor amigo, ni a su chica–, pero creo que andaba por el metro setenta y cinco, centímetro arriba, centímetro abajo. Él, con una coquetería inusual en un hombre de ochenta y siete años, solía presumir de metro ochenta y tres. Pero la medición me parece optimista y muy dudosa. Papá, en cuya cartilla militar lo situaban en el metro setenta y cinco, era clavadito a él cuando ambos estaban de pie. Así que me parece que podríamos adjudicarle esa estatura. Todo lo demás sería exagerar.

¿Peso? Bah, ahí sí que me rindo. Jamás he sabido hacer cálculos de ese tipo. Y todavía recuerdo con ver-güenza la última vez que cometí la osadía de aventurar un número en relación con ese tema. Fue con mi novia –desde entonces ex novia– Beatriz y me costó un bofetón de los que hacen época. Mejor dejamos el tema. A mi abuelo, como no se le veía gordo ni flaco, yo diría que podríamos echarle unos sesenta y ocho kilos, más o menos. Pero no me pidáis más exactitud. Recordemos que fui su nieto, no su báscula. Bastante hago con dar una cifra aproximada.

¿Arrugas? Todas las del mundo. Pero, curiosamente, no las tenía en torno a los ojos, ni en la frente, sino apelonadas en el cuello, en una triple o cuádruple papada de pellejos grises, como si durante su juventud

hubiera tenido el rostro de un luchador de sumo, y la vejez le hubiera arrebatado toda la carne, dejándole tan solo el envoltorio de piel. Creo que me explico. Mi padre murmuró una vez entre dientes –después de una discusión de lo más absurda– que el abuelo parecía un rinoceronte fofo, y aunque me duele que lo dijese con gesto agrio, la verdad es que lo clavó. Las manos, curiosamente, no estaban surcadas por demasiadas arrugas; pero las tenía llenas de unas manchitas cuyo color oscilaba entre el café con leche y el azabache. Papá me dijo una vez que aquello era vitíligo, y yo puse cara de admiración y gestos de creérmelo, porque papá, aunque no ha estudiado medicina, es un fervoroso lector de revistas científicas. Pero cuando traté de comprobarlo unos meses después en internet, me convencí de que aquello tenía toda la pinta de ser un error: las manchas que salían fotografiadas en la página web no eran ni siquiera parecidas a las de las manos de mi abuelo.

¿Pelo? Pues ni mucho ni poco. Por la parte de arriba estaba completamente calvo, pero luego tenía una especie de aureola que le rodeaba el cráneo, uniendo la parte superior de las orejas, y que se desmoronaba sin gracia hacia el cuello. Donde sí tenía mucho era en las orejas y en los orificios de la nariz, una cosa increíble. Los de la nariz se le notaban menos, porque se juntaban con el bigote y, si no te fijabas con demasiada intensidad, incluso podían pasar inadvertidos. Pero los de las orejas eran una cosa mala. Unos pelos como juncos, tiesos, destartalados, indómitos, que lo mismo se erguían airoosamente que se dejaban caer como restos de algas hacia los lóbulos. Y en cuanto a los de las manos, para qué os voy a contar. No he visto a nadie que tuviera tantos pelos en los nudillos como mi abuelo. Pero estos sí que tenían gracia: eran grises y suaves, y los cortaba

con la misma regularidad y el mismo cuidado que las uñas.

A ver, no sé. ¿Más detalles?

Los zapatos. Le encantaba pasar un trapo sobre ellos, con crema abrillantadora o sin nada. Daba igual. El caso era frotarlos, mantenerlos impolutos. Decía que bastante grasa había tenido que soportar en el taller durante su vida laboral, y bastante polvo en la cárcel durante su juventud, para no permitirse ahora el lujo de creerse un señor. Y que un auténtico señor empezaba por los zapatos.

—¿A que no sabes por qué los ricos han llevado siempre los zapatos tan relucientes? —me indicaba, con un dedo frente a mi nariz—. Pues porque iban a caballo, Santi (mi abuelo no comenzó a llamarme Santiago hasta que cumplí los doce, un día que le puse mala cara porque me llamó Santi y me revolvió el pelo delante de mis amigos). En eso se distinguían de los simples zarrapastrosos. Ellos no se ensuciaban con la tierra de los caminos, ni con el barro de los marjales. Si quieres ser un señor, has de cuidar tus zapatos. Los zapatos son el reflejo del alma.

—¿Y tú eres un señor, abuelo? —le preguntaba yo, con toda la ingenuidad de mis nueve años.

Mi abuelo afirmaba tajante con la cabeza.

—Eso lo puedes jurar. Todos los que hemos sobrevivido a la guerra sin matar a nadie somos señores, Santi. Nos hemos ganado el derecho a que se nos considere así.

Cuando mi abuelo hablaba de «la guerra» siempre se refería a la Guerra Civil de 1936, pero de eso hablaré más tarde.

Bueno, no, pensándolo mejor voy a hablar ahora, porque me da la impresión de que este preámbulo está

saliendo un poquito largo, y lo que yo quiero es centrarme en lo que me ha sucedido en los últimos días. Si me entretengo demasiado contándoos la forma en que mi abuelo vestía, el equipo de fútbol al que dirigía sus preferencias, o la comida que menos acidez le procuraba, lo mismo os ponéis todos a bostezar, me mandáis al cuerno, y entonces os quedaríais sin conocer el misterio que quiero compartir. Y tampoco es plan. Así que voy a hacer un esfuerzo y voy a tratar de condensar la vida de mi abuelo en unas pocas páginas. Os aseguro que es totalmente necesario para entender la historia hasta sus últimas consecuencias.

Veamos.

Mi abuelo nació en 1916, en un pequeño pueblecito de Toledo que se llama Canila. Por lo que él me contaba, allí no había demasiadas cosas que merecieran la pena: unas pocas cabras, cuatro árboles mal puestos, un río escuchimizado llamado Riansares y quinientas personas sin más horizonte que pasar penurias, tener hijos, cavar su palmo de tierra y cerrar los ojos con resignación cuando Dios tuviera a bien llamarlos. Los inviernos siempre venían después de los otoños, y el sol se ocultaba al anochecer. O sea, lo normal.

Mi bisabuelo, que se llamaba Carlos, podría haber sido un hombre con inquietudes, de esos que quieren para sus descendientes un futuro más apetecible y menos cuesta arriba que el suyo, pero la verdad es que no lo era; así que desde el principio se opuso a que su hijo estudiara porque, según su peculiar dictamen, «para esparcir semillas no hace falta saberse el Catón».

—¿Y qué es el Catón? —le preguntaba mi abuelo a su padre (y yo a mi abuelo).

—Un libro para señoritos con las manos suaves —le respondía mi bisabuelo.